

## Libros y museos III

20.000 leguas de viaje  
submarinote Julio Verne en el  
Museo Argentino de Ciencias  
Naturales.

La novela de aventuras escrita en el año 1870 por Julio Verne, invita a ser leída con avidez y a buscar algunas de las especies nombradas por el autor en acuarios y museos. En el Museo de Ciencias Naturales se puede encontrar algo de esa enorme enumeración, como la que realiza Verne el párrafo que sigue:

“Numerosos eran también los peces, y muchos de ellos muy notables. Las redes del *Nautilus* subían frecuentemente a bordo rayas, entre ellas unas de forma ovalada y de color ladrilloso, con el cuerpo lleno de manchas azules desiguales, reconocibles por su doble agujón dentado; arnacs de dorso plateado; pastinacas de cola en forma de sierra; mantas de dos metros de largo que ondulaban entre las aguas; aodantes, así llamados por su absoluta carencia de dientes, cartilaginosos próximos a los escualos; ostracitos -dromedarios, cuya giba terminaba en un agujón curvado de un pie y medio de longitud; ofidios, verdaderas murenas de cola plateada, lomo azulado y pectorales oscuros bordeados por una estría grisácea; un escómbrido parecido al rodaballo, listado de rayas de oro y ornado de los tres colores de Francia; soberbios carángidos, decorados con siete bandas transversales de un negro magnífico, de azules y amarillos en las aletas, y de escamas de oro y plata; centrópodos; salmonetes rojizos y dorados con la cabeza amarilla; escaros, labros, balistes, gobios, etc., y muchos otros comunes a los océanos que habíamos atravesado ya.”

Para leer esta novela hay que preparar mapas, brújulas, atlas marinos, libros de historia, relatos bíblicos, saber algo acerca de los icebergs, recetas con ingredientes marinos, los inicios del uso de la electricidad, barómetros, termómetros, anclas, la diferencia entre el continente y las islas, entre las que visita las Islas Malvinas.

### Un calamar gigante

En el Museo Bernardino Rivadavia conservan un ejemplar gigante de calamar, que está expuesto, y en ocasiones se retira de la exposición para su restauración.

-¿Qué hecho es ése? -preguntó Ned Land.

-A ello voy. En 1861, al nordeste de Tenerife, poco más o menos a la latitud en la que ahora nos hallamos, la tripulación del *Alecton* vio un monstruoso calamar. El comandante Bouguer se acercó al animal y lo atacó a golpes de arpón y a tiros de fusil, sin gran eficacia, pues balas y arpones atravesaban sus carnes blandas como si fuera una gelatina sin consistencia. Tras varias infructuosas tentativas, la tripulación logró pasar un nudo corredizo alrededor del cuerpo del molusco. El nudo resbaló hasta las aletas caudales y se paró allí. Se trató entonces de izar al monstruo a bordo, pero su peso era tan considerable que se separó de la cola bajo la tracción de la cuerda y, privado de este ornamento, desapareció bajo el agua.

## Libros y museos III

20.000 leguas de viaje  
submarinote Julio Verne en el  
Museo Argentino de Ciencias  
Naturales.

-Bien, ese sí es un hecho -manifestó Ned Land.

-Un hecho indiscutible, mi buen Ned. Se ha propuesto llamar a ese pulpo «calamar de Bouguer».

-¿Y cuál era su longitud? -preguntó el canadiense.

-¿No medía unos seis metros? -dijo Conseil, que, apostado ante el cristal, examinaba de nuevo las anfractuosidades del acantilado submarino.

-Precisamente -respondí.

-¿No tenía la cabeza -prosiguió Conseil-coronada de ocho tentáculos que se agitaban en el agua como una nidada de serpientes?

-Precisamente.

-¿Los ojos eran enormes?

-Sí, Conseil.

-¿Y no era su boca un verdadero pico de loro, pero un pico formidable?

-En efecto, Conseil.

-Pues bien, créame el señor, si no es el calamar de Bouguer éste es, al menos, uno de sus hermanos.

Miré a Conseil, mientras Ned Land se precipitaba hacia el cristal.

-¡Qué espantoso animal! -exclamó.

Miré a mi vez, y no pude reprimir un gesto de repulsión. Ante mis ojos se agitaba un monstruo horrible, digno de figurar en las leyendas teratológicas.

Era un calamar de colosales dimensiones, de ocho metros de largo, que marchaba hacia atrás con gran rapidez, en dirección del *Nautilus*. Tenía unos enormes ojos fijos de tonos glaucos. Sus ocho brazos, o por mejor decir sus ocho pies, implantados en la cabeza, lo que les ha valido a estos animales el nombre de cefalópodos, tenían una longitud doble que la del cuerpo y se retorcían como la cabellera de las Furias. Se veían claramente las doscientas cincuenta ventosas dispuestas sobre la faz interna de los tentáculos bajo forma de cápsulas semiesféricas. De vez en cuando el animal aplicaba sus ventosas al cristal del salón haciendo en él el vacío. La boca del monstruo -un pico córneo como el de un loro- se abría y cerraba verticalmente. Su lengua, también de sustancia córnea armada de varias hileras de agudos dientes, salía agitada de esa verdadera cizalla. ¡Qué fantasía de la naturaleza un pico de pájaro en un molusco! Su cuerpo, fusiforme e hinchado en su parte media, formaba una masa carnosa que debía pesar de veinte a veinticinco mil kilos. Su color inconstante, cambiante con una extrema rapidez según la irritación del animal, pasaba sucesivamente del gris lívido al marrón rojizo.

¿Qué era lo que irritaba al molusco? Sin duda alguna, la sola presencia del *Nautilus*, más formidable que él, sobre el que no podían hacer presa sus brazos succionantes ni sus mandíbulas. Y, sin embargo, ¡qué monstruos estos pulpos, qué vitalidad les ha dado el Creador, qué vigor el de sus movimientos gracias a los tres corazones que poseen!.

## Libros y museos III

20.000 leguas de viaje  
submarinote Julio Verne en el  
Museo Argentino de Ciencias  
Naturales.

El azar nos había puesto en presencia de ese calamar y no quise perder la ocasión de estudiar detenidamente ese espécimen de los cefalópodos. Conseguí dominar el horror que me inspiraba su aspecto y comencé a dibujarlo.

-Quizá sea el mismo que el del Alecton-dijo Conseil.

-No -respondió el canadiense-, porque éste está entero y aquél perdió la cola.

-No es una prueba -dije-, porque los brazos y la cola de estos animales se reforman y vuelven a crecer, y desde hace siete años la cola del calamar de Bouquer ha tenido tiempo para reconstituirse.

Buscando encontrarán otros ejemplares, no tan espectaculares como los del relato de Verne, claro.

El Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia está en la Avenida Ángel Gallardo 470 en el Parque Centenario.